

# Su propia Cobardía



*A Luisa Futoransky, la parisina poeta argentina,  
por sus bellos poemas.*

**Anabel Torres**

El gran árbol frente al balcón se volvería a tupir de hojas. Hoy, 23 de marzo, seguía siendo ese hueso de góndola color siena navegando un aire neutro. Ahora los días tenían más luz. En la luz comenzaban a flotar sus recuerdos, como motas livianas de polvo tras los espesos meses del invierno. Los mejores recuerdos de Mariana eran con sol y luz. Durante la larga temporada fría, los metía tras su gran escaparate mental y los ignoraba, al tiempo que arrumaba bolsas de plástico con ropa liviana al fondo de un armario.

En una ocasión pasaron dos años seguidos sin que el clima justificara desempacar la ropa de verano. Ella también ya sabía pasar los años sin desdoblarse recuerdos. Había aprendido a sobrevivir en Europa no contando con su patria. Eran ella y sus pocos amigos su propio país en las emergencias. El resto del tiempo habitaba un limbo tibio, sin alzas ni huelgas, ni miedo, ni sub-directores de Colcultura; sin entierros semanales o quincenales, ministros de educación, impunidad ni atropellos; sin asesinatos día y noche o inseguridad en las calles; sin escándalos, di-



plomáticos o no diplomáticos. Había aprendido a sobrevivir en el exterior sin acordarse siempre de su país y de los suyos. En el exilio añorar el país es un lujo ostentoso, incómodo como tener una piedrecilla en el zapato.



Esa tarde, sin embargo, le resultó imposible a Mariana no pensar en Colombia ni recordar su pasado. Su conversación en el tren con otra colombiana, extranjera igual a ella, fue la prenda de más, embutida en el clóset, que tumbara todo hacia afuera. Regresó del curso de holandés sin poder retomar su rutina. Arriesgando una noche de insomnio y la clase matinal del día siguiente, bebió dos fuertes tazas de café frente al balcón de atrás, la mirada perdida en el árbol enorme. Su apartamento era espacioso, con mucha luz —para ser Holanda— y además pagable. Aquel árbol espléndido la había decidido a tomar el piso, aunque sus conocidos más allegados trataron de disuadirla de vivir en el céntrico barrio por la vecindad con las famosas vitrinas. El árbol se había

convertido en su mascota —su perro, como lo llamaba ella, ya que sustituía al animalito con que los demás habitantes del edificio diluían su estar solos—. A veces, como ahora, también era su abuelo.

Por fortuna, esa noche nadie iba a visitar a Mariana. No podía sacarse aquella mujer de la cabeza, ni dejar de pensar en su propia cobardía. Sonrió, porque parecía el título de un bolero. Su propia cobardía. Cobardía de ser amiga. Se daba cuenta de que vivir en el extranjero —o tal vez vivir a secas— la había convertido en un ser que ofrecía amistad y luego escondía la mano, como si en vez de afecto hubiese lanzado una piedra. Se odiaba por haber tenido cerca a otro ser humano, con parte de sus viven-

cias y recuerdos, y por haberle luego dado la espalda. Se odiaba por haber llegado a ser tan sensata por fuera. Aquella cordura repugnante había logrado apoderarse de ella, a pesar de haber luchado por balancear su ser poeta con su ser cuarentona, por aferrarse a su poesía y a la poesía toda como un amuleto contra los años y la indiferencia. Ya no era dolorosa, insensiblemente joven. Ahora ella también, que juró nunca hacerlo, había terminado por ser otra cobarde más de edad indefinida.

Estudiaba holandés, aunque no lo necesitaba para su trabajo, no sólo por un interés genuino tardado en despertar, sino por vergüenza. ¿Cómo vivir, o seguir sobreviviendo, en un país sin hablar el idioma? ¿Cómo seguir habitando la nada, sin leer siquiera las noticias locales? Dos misterios de una trinidad en su vida eran la falta de cadencia reconocible del holandés, o mejor, su incapacidad para desentrañarla, y el cómo algunos alemanes con los que solía toparse en el tren rumbo a Francfort podían ser tan desobligantes y hostiles, habiendo crecido en aquel paisaje alemán de tan singular belleza y romanticismo, que parecía hecho a propósito para afilar la sensibilidad.

El tercer misterio era ¿qué seguía haciendo ella allí? ¿Cómo iría a encauzar su vida, vivida durante años tan al margen de otras vidas? Ese misterio trataba de arrinconarlo al escaparate mental cada vez que sacaba la cabeza cuestionándola. Mariana nunca creyó en esa otra trinidad, la de la rígida iglesia católica a cuya muy tenue sombra llegó a adulta. Ahora había desistido de tratar de descifrar misterios y más bien intentaba vencerlos, o por lo menos aceptarlos, para así poder desconocerlos, con el pragmatismo propio de quien entiende que Carlos Gardel mismo fue él, también, un soplo de la vida.

La mujer, Inés Pandá, ya estaba sentada en el pasillo cuando Mariana abordó el tren en Delft, de regreso a La Haya. Mariana había tomado de prisa el único otro sitio libre en el corredor, sabiendo que en las horas pico era más cómodo no entrar a los vagones para un

trayecto tan corto. Las dos mujeres quedaron sentadas frente a frente y se miraron. Era extraño mirarse, pues casi todos los pasajeros en los trenes, sobre todo los más jóvenes, parecían llevar pantallas protectoras bloqueándoles las fisionomías ajenas.

Al principio, hasta que se acostumbró al pasivo silencio de los azules ojos del norte, Mariana se sentía como una mala ilusión óptica cuando montaba en tren, asustada y torpe por dentro. Luego inclusive aprendió a disfrutar de aquel estado. De alguna manera, después del dolor de saberse ignorada, se sintió más libre que nunca. Se comprendió invisible, sin mala intención de parte de quienes miraban a través suyo. Asumió que exageraba la frialdad de aquellos jóvenes, cuya calidez ella simplemente no estaría nunca en condiciones de conocer. Dejó de incomodarse y se liberó del *qué dirán* de la única forma genuina: porque éste ya no existía.

El tren iba y venía desde Delft repleto de estudiantes. Estaba tan acostumbrada a no ser nadie que la inquietó, y hasta la molestó, la mirada insistente de la mujer al frente suyo. Cuando ésta le lanzó una frase tímida en español, cuyo fin obvio era conversar, Mariana se obligó a sí misma a recordar que su madre, nacida en Anorí, Antioquia, le había enseñado a ser amable con los demás. Eso sí, menos con *un hombre* desconocido, a quien tenía que huirle de inmediato, tan pronto cruzara con ella una mirada o unas palabras en los *subways* de Nueva York, la ciudad donde vivió su niñez.

Fue lógico que la mujer le hablase. Sobre la mochila tejida de Mariana resaltaba la palabra Colombia en letras rojas y de ella asomaba la revista *Semana*. Pronto las dos hablaban en voz baja, tímidas, contagiadas de Europa, pues se sabían rompiendo el protocolo no escrito que regula la indiferencia entre pasajeros en los trenes. Mariana le contó a la extraña del curso intensivo de holandés que recibía, como cualquier iniciada habla de una nueva religión o régimen, con entusiasmo. Inés Pandá la miró confusa, después entendería por qué. Aprovechando

una traducción muy bien pagada, Mariana se había podido financiar un curso intensivo de holandés en la universidad, comprometiéndose a estudiar todo el día, todos los días, durante nueve semanas. Eran otras las condiciones de Inés Pandá.

Treinta años atrás, al llegar de Medellín a Nueva York, la experiencia de Mariana con el idioma había sido muy distinta. Recordaba aquella época de una manera nítida, como una obra en dos actos, de las que frecuentaba con su padre en horas de almuerzo alargadas. En el primer acto, Mariana no sabía nada. Tras un corto intermedio el idioma se había posesionado de ella. En Holanda, por el contrario, sufría la venganza de la vida a su inocencia de niña. Sin saberse crueles, ella y sus hermanos se doblaban de risa en aquel apartamento de Brooklyn, cuando su madre confesaba haber pedido al carnicero una libra y ‘auxilio’ de carne molida, o haber respondido muy digna estar esperando a su sombrero, en vez de a su marido, cuando tratara de abordarla *un hombre* en el Museo de Arte Moderno. Ahora la propia lengua de Mariana era la vacilante y pesada cuando se empeñaba en pronunciar aquellos sonidos.

‘Yo también pienso estudiar el inglés y el holandés apenas pueda’, dijo con nostalgia Inés Pandá, volteando la mirada hacia la ventana. Fue el único lapso de incomodidad y silencio entre ellas. En ese momento, el uniformado reclamó sus tiquetes, y ambas mostraron su pase *Rail Aktiefkaart* y su boleto. Ello condujo la conversación al viajar ‘negro’. La mujer le confesó que nunca viajaba sin boleto y aún así siempre sentía miedo de los controladores, pues no hablaba holandés ni inglés y temía que le preguntaran otra cosa. Hacía dos noches, yendo hacia Rotterdam después de medianoche, una pareja al lado suyo tuvo que pagar la multa. ‘Yo





gracias a Dios siempre compro mi tiquete desde temprano, porque cuando salgo del trabajo no hay taquilla abierta y las máquinas a veces no funcionan', dijo Inés Pandá.

Mariana pudo entender esa sensación de pánico. Ella tampoco dejaba de sentirse incómoda frente a cualquier uniforme. Era el legado inevitable de proceder de un país como el suyo. Trató de imaginarse la vida para aquella mujer, sin saber inglés, ni holandés, y al parecer tan sola. Ella también en aquel país, como su madre en Nueva York tantos años atrás, viviendo un exilio a la vez obligado y escogido en otro continente, se sintió incapaz frente al idioma durante años. Sabía que esa actitud no concordaba

ni con su inteligencia, ni con su formación académica, y menos con su pasión por la lectura y las palabras. Ni frente a los péndulos de Foucault, ni a nada, se había sentido Mariana tan impotente como ante aquel idioma brusco, lleno de cortes y aristas, cuya forzada guturalidad no encajaba con el paisaje liso y sin aristas de Holanda, ni con la neutra y a veces hasta cálida amabilidad de sus pobladores.

El tren llegó a la estación Holland Spoor de La Haya. Descendieron al tiempo. Al salir entre el tropel de la tarde por el pasillo de la estación, Mariana tuvo la sensación arrolladora de no ir sola. Ella y la otra mujer iban caminando juntas, ambas saporritas y pelioscuras entre las largas piernas y las largas cabezleras rubias, como hermanas siamesas reencontradas

a pesar de la distancia entre ellas, aun cuando en Colombia quizás no hubieran cruzado la palabra.

Impulsivamente Mariana invitó a Inés Pandá a tomarse algo con ella en el café de la estación. La mujer miró su reloj y respondió, 'bueno... vamos, que no es todos los días que una se puede tomar un café en español, pero no puedo demorarme mucho, tengo que ir a trabajar'. Detrás del mostrador de la cafetería, descubrieron algo parecido a una *milhoja* y algo parecido a un *kumis*. Como niñas escapadas del colegio, se abalanzaron sobre sus meriendas, bromeando ante el reguero de crema. Inés Pandá recostó su ceñida chaqueta de cuero en el espaldar de la silla 'para no chorrearne'. Mariana se quitó su holgado abrigo.

No sintieron el tiempo transcurrido. Hablaron de Bogotá, la ciudad dejada atrás. Evocaron el interminable sainete de un presidente presidiendo el caos de ser presidido por un escándalo tras otro. Las dos habían tenido la suerte de escuchar el último chiste sobre Samper, y para su alegría eran distintos. Rieron. Rieron juntas y por un momento habían podido estar en cualquier cafetería bogotana, compartiendo uno de los tantos anodinos y a la vez excitantes encuentros después del trabajo.

Ninguna de las dos sintió miedo de estar con la otra. No existió en aquel espacio robado al tiempo ese recelo de los colombianos en el extranjero, ante todos los demás colombianos desconocidos, de pensar que pueda 'andar en alguna vaina', estar traficando o simplemente vivir sin papeles y no querer buscarse líos. Eran sólo dos mujeres, dos amigas, comiendo algo parecido a una *milhoja*, bebiendo algo parecido a un *kumis*, en cualquier café parecido a cualquier salsamentaria de la séptima.

Evadieron con cuidado, sin embargo, hablar de lo que ambas hubieran necesitado hablar con alguien. Ninguna preguntó cómo sobrevivía la otra el frío, tanto físico como anímico: la falta de su idioma, familiares y amigos, la ausencia de calor. Ninguna mencionó su soledad ni su desesperanza. Luego

una de las dos miró su reloj, exclamó que tenía afán y salieron aprisa de la estación. Inés Pandá miró hacia la izquierda y dijo, otra vez tímida, 'yo tengo que coger por allí', señalando hacia donde quedaban las vitrinas. Mariana contestó, todavía sonriendo, pero una vez más aquella odiosa mujer adulta y sensata, 'yo sigo derecho, no vivo lejos'. Ninguna se atrevió a pedirle el teléfono o la dirección a la otra, ni a hacer una nueva cita.

Se miraron profundamente al despedirse, los ojos ávidos e ingenuos de sus madres muertas saltando traviesos desde un ayer también muerto. La despedida fue allí, junto al carril de los tranvías, apresurada, indigna de su acercamiento minutos antes. Se dieron la mano y se estrecharon el antebrazo, cada una tratando de aprenderse a la otra de memoria, de llevarse consigo en el bolsillo del espíritu la calidez reciente del estar acompañadas. Luego ambas caminaron el corto trayecto desde la estación que las distanciaba sin remedio, recordando a sus madres, a sus amigas, a sus hermanas: untadas un poco más de cerca de las miradas y voces de aquellas mujeres lejanas, hoy conjuradas bajo el agua fría de marzo.

*La Haya, 1996 – Amsterdam, 1999*

